

**Discurso en acto de conferimiento de  
Doctorado Honoris Causa en Economía a Carlos Domingo  
Universidad de Los Andes  
Asdrúbal Baptista**

Un día de 1973 llegó a la Facultad de Economía un hombrecito. Me encantaría decir que fue el 5 de febrero, pero ustedes no me lo creerían. Venía precedido de justa fama, o mejor, de más que justa fama. Sus obras y sabiduría lo acompañaban, o dicho con un lenguaje que no le puede ser extraño a este recinto, *opera sequuntur ille*.

Se acababa de crear el Instituto de Estadística Aplicada y Computación. La clara visión universitaria de Heberto Urdaneta, Decano lúcido e inteligente, había encontrado en César Briceño el artífice para un empeño que le depararía a la Universidad de los Andes incontables méritos académicos.

La Facultad de Economía, fundada hacia los años finales de la década de los cincuenta, había dado ya sus primeras vendimias. Los viñateros habían sido de primoroso lujo. Un grupo de españoles del mayor orden intelectual, junto con nuestros, no menos aptos ni comprometidos, habían echado a andar una aventura académica que, vista en el transcurrir de los años, no puede menos que llamársela avanzada, rigurosa, asentada en sólidos apoyos.

Nombrar a uno de aquellos españoles no se deberá entender nunca como un injustificado demérito de otros. Acaso la circunstancia de que fue su destino irse temprano, podría justificar la predilección, aunque la verdad es que su enorme talento, su incuestionable sentido de lo científico, la universalidad erudita que acompañaba a su comprensión económica, marcaron a todos a quienes se dio la merced de ser sus

alumnos o discípulos. Evoco con sentida gratitud el recuerdo de Leocadio Hontoria Guadamuro.

Fue portátil en sus comienzos la Facultad de Economía. Claustros, los de ahora. Allá eran antiguas casas de habitación prestadas a albergar futuras promesas universitarias. La calle 21 frente a las oficinas telegráficas; la avenida 3, en la vecindad del Hospicio San Juan de Dios. El recién inaugurado edificio del Colegio de Médicos de Mérida. Hacia 1966 unos espacios provisionales, que duraron su veintena de años, en la zona norte de la ciudad. La 'Hechicera', también portátil.

Pero si portátil y volanderas fueron las aulas, no lo fue nunca el rumbo. La sucesión ya prolongada de autoridades, con los naturales vaivenes que toda institución humana porta en su interior, ha sabido siempre que hay una noble tarea por cumplir. Honor a todos y cada uno de ellos en esta noche jubilosa cuando la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales honra, muy especialmente, a uno de los suyos.

El Instituto de Estadística Aplicada y Computación, en los inicios, fue una gran idea, un incoercible entusiasmo y cinco personas. Briceño, los Belandria y Pagliccia, más alguien que pertenece a la leyenda secretarial.

Por los caminos de Dios, que nunca reveló, llegó a Mérida una multipolígota, genio del mejor cocinar, y sabedora de esas lides que permiten a los jefes olvidarse del tráfigo de las diarias menudencias administrativas.

Permítaseme por un momento el uso de la primera persona: cierro los ojos y veo venir con antiguo pisar germánico un ser humano que impresionaba, tal era la decisión que cada palabra suya acarreaba, tal era su inocultable elegancia, y tal era su tamaño, tan diferente del que trajo

consigo el hombrecito llegado en 1973, cuyas labores y legados son, empero, las de un gigante. Quede el nombre de Mery Wachter, nacida en Mels, en la antigua Suiza alemana: secretaria del Instituto de Estadística Aplicada y Computación.

El nombre de Carlos Domingo lo escuchamos por primera vez en los pasillos de la Facultad de Economía cuando su discípulo, César Briceño, entonces director del Centro de Computación de la universidad, comenzó a enseñarnos a los estudiantes del cuarto año de la carrera por allá en 1967. Todo discípulo que se respete a sí mismo debe ser exagerado, y no hay porqué explayarse en las razones. La verdad es que César carecía de la virtud de la exageración, pero tampoco sabía como quedarse corto.

Pero haber construido un reactor atómico; fundado una escuela universitaria en un campo del conocimiento que aún se hallaba en ciernes; simular en ecuaciones el comportamiento de la sociedad, cuando la simulación o su pariente, el disimulo, no eran sino hermosas expresiones del lenguaje amoroso, todo ello, más la condición que su madre le dio de ser argentino, apoyaba a César en sus justificados alardes, y sobretodo causaba que el nombre de Carlos Domingo no pudiéramos olvidarlo con facilidad. Pero aquellos años juveniles tenían sus propios intereses.

Un día de 1973 apareció Carlos Domingo. ¿Qué traía en sus alforjas aquel ser humano, de cuarenta y siete años entonces, que se apersonó como profesor de la Universidad de los Andes en el segundo piso del ala norte de la Facultad de Ciencias Forestales, albergue circunstancial del Instituto de Estadística Aplicada y Computación? Una ya larga vida académica, desde luego. Un nombre cargado de logros y méritos, en Venezuela y en otras tantas partes. Y la prolongada experiencia vital de sus años. Pero esta enumeración no expresa nunca lo

que debe significarse: traía un tema; traía una pregunta, y traía una obsesión.

Apenas se coloca la mirada sobre el curso de la historia humana, y se abre el espíritu a la contemplación de las edades en marcha, con la genuina simpatía de quien se sabe parte de esa aventura, sobresalen, imponentes, ciertos tiempos críticos.

El primero de ellos, y cualquier otro anterior pertenece a la oscuridad impenetrable de lo que precede a la historia, son aquellos dos o tres siglos que desembocan en los versículos de Antígona, y que hablan, como nunca se había hecho antes, de un ser extraordinario, o inquietante según la traducción que entregó Heidegger, que hablan del hombre. “Ser que se interroga a sí mismo” hubo de escribir Heráclito. Hoy se diría: “La humanidad se ha hecho adolescente”. Tiempo excepcional, pues, tiempo crítico.

*Mundus senescit.* “El mundo se ha hecho viejo”. Entre Adriano Emperador y Constantino, o si se desea, Gregorio El Grande, median unos siglos igualmente críticos en la historia de la humanidad. Al alborozo de haber llevado las fronteras del imperio hasta los confines más extremos, le sucede el lamento jeremíaco de que el mundo ha envejecido.

El hombre, dirá Hegel, descubre el poder, y ello marcará a todo ser humano por venir. Al sentido de destino lo sustituye el sentido de voluntad. Tiempo de profundos cambios: un mundo que yace exhausto: “no hay sino ciudades vacías, monasterios en llamas, campos desolados”, así se quejaba el Obispo de Tours en el 907.

Cuando Descartes escribe las brevísimas páginas de su *Discurso del Método* dice algo que separa dos mundos, tal es la hondura de su afirmación y la extensión de su promesa. «He aquí el camino de un nuevo

conocimiento, distinto del de la Escolástica... Si se siguen sus pautas nos haremos dueños y señores de la naturaleza».

Atrás queda el enclaustramiento de Europa en su mínimo territorio; las prohibiciones canónicas sobre el comercio; la compleja mixtura de poder espiritual y político que había dominado los siglos anteriores; la sociedad rural cerrada, la atomización de la autoridad; la desaparición de los últimos vestigios de la antigua polis conservados en la res pública. Y adviene la ciudad, el mercado de trabajo, la asalarización de las masas y el capital, la matematización de la naturaleza y su control tecnológico, la expansión del comercio y la mercantilización de la vida. Así como también una nueva forma de relación del hombre con otros hombres y con las cosas: la racionalidad capitalista. Dos mundos, pues; dos mundos diferentísimos, y entre ellos, una profunda cisura histórica.

En un comentario, que pasa con facilidad inadvertido en sus célebres *Contribuciones a la Filosofía* de 1938, señala Heidegger algo que, de nuevo, marca una radical separación, cuidado y la mayor imaginable, entre dos realidades históricas.

El telón de fondo es la decisiva cuestión de la alienación del trabajador, descubierta por Marx y convertida por él en la piedra angular de su crítica a la sociedad capitalista. La alienación, así, es una relación perversa y destructiva para la condición humana: la perfecta expresión de lo inhumano. Heidegger dirá, un paso adelante, que la situación del hombre actual se caracteriza más bien por la «no relación», porque el ser humano de hoy ha perdido incluso su condición de objeto, «al desaparecer de la vista» de sus empleadores.

¿Qué tienen en común estos hechos históricos, que marcan el decurso humano, y más aún, que nos hacen ser lo que somos? Cabría decir superficialmente que señalan discontinuidades, cortes temporales muy

profundos, cisuras, nudos, inflexiones, rupturas del hilo de la historia. La humanidad antes de ellos era una; la humanidad luego de ellos es otra. Pero, ¿y qué se sigue de este reconocimiento para los fines de la teoría y la práctica?

Hasta donde me es dado entenderlo, dos caminos u opciones se han abierto para brindar respuestas. La primera de ellas descansa en la idea de ‘los grandes hombres de la historia’. Son ellos, así, quienes con su pensamiento y acción cambian la vida de los seres humanos. Pero no son muchos, no previene quien acaso, luego de Hegel, ha hecho más por aclarar el tema. Me refiero desde luego a Jacobo Burckhardt.

«¿Y qué es la grandeza», se pregunta. «Lo que no somos nosotros», es su respuesta grandiosa y universal. Pero luego añade, sereno el ánimo, son los únicos; los insustituibles. Acaso Platón y Alejandro; Fidias y Sófocles; Rafael, Shakespeare, Galileo, Kant, Marx. Pero no se tome esta enunciación como una lista exhaustiva, no se vayan a causar ofensas.

Por lo demás, este camino tiene encantos irresistibles. Lo preside el matrimonio sagrado que ‘el gran hombre’ celebra con las fuerzas históricas, y su signo es el ejercicio de la voluntad de un ser humano capaz de modelar la vida de su tiempo. Luego viene el tejido de esa voluntad con otras voluntades menores, y así la narrativa de una historia de influencias y predominios.

Cómo no decir que esta orientación de la comprensión de las cisuras históricas es grandemente afín a la manera como el hombre contemporáneo se ve a sí mismo. Más aún, ¿cómo no decir que si en algún campo del discernimiento resulta posible desplegar erudiciones y saberes asombrosos es aquí: en el acto de biografíar?

Hay un segundo camino, empero. Acaso más exigente y arduo. Límite superior o punto de encuentro entre el conocimiento científico más riguroso, el

pensar filosófico más poderoso y universal, el sentido más pleno de lo histórico, y la imaginación más fértil del creador.

Ese fue el camino escogido por Carlos Domingo, y ¿qué otro hubiera podido ser el suyo? En la confluencia de estas cuatro posibilidades abiertas al espíritu del hombre, situó él su pregunta y plantó su obsesión: ¿qué es, en el ámbito de lo humano, el cambio estructural?

No se trata ahora de colocar la mirada en la individualidad, sin duda excepcional, sobre cuyos hombros se colocan las fuerzas de la historia, y a partir de ella y de su acción dar cuenta de cómo se trastrueca el mundo en un tiempo particular. El método es muy distinto.

El punto de partida son las estructuras, por ejemplo, en el sistema social. Entrar en ellas para discernir su carácter, las reglas de su funcionamiento, las prácticas, valores y tradiciones que las sostienen, en una palabra, su intrínseca legalidad, es cuestión de la rigurosa observación del científico.

Pero la sociedad es naturalmente histórica. La observación del científico social, por necesidad, remite al estudio de la historia, al entendimiento de su tramado, de los impulsos que allí actúan primigeniamente. Este estudio posee una doble cualidad: es matemático y es histórico. Lo primero determina su posible exactitud; lo segundo, su imprescindible rigor. Cuánto de lo uno y de lo otro participa en la conformación de las teorías que entonces emergen, eso es asunto que cada quien, enfrentado a la tarea de construirlas, ha de decidir.

En Carlos Domingo, cómo no decirlo, hay una mixtura única, y eso es lo que lo hace excepcional. Allí entra su profundo sentir filosófico, asentado en rancias tradiciones, y más que tradiciones, en el pensar lo filosófico como pudo haberlo hecho el propio Hegel. Nadie como Carlos

para hablar del poder del número y la pobreza de lo cualitativo, para al instante siguiente afirmar la indigencia del número y la suprema riqueza de la cualidad.

Cuando sobrevienen los cambios estructurales en el decurso histórico, la comprensión que da la ciencia limita sus posibilidades al extremo. Permítaseme citar, no de memoria desde luego, una frase que le escuché una y mil veces, y en la que descansa toda posibilidad, para el entendimiento, de abordar estos episodios históricos únicos, de los que aquí hablamos. En ella, por lo demás, se encierra la filosofía, toda filosofía: «Cualquier cosa, lo finito, es en sí lo otro que sí mismo, y por lo tanto cambia. En el cambio se manifiesta la contradicción inherente a la existencia, y que la estimula a ir más allá de sí misma». Hegel *dixit*.

El cambio en los sistemas sociales puede o no afectar sus estructuras primordiales. Cuando las afecta, cesa una legalidad. Allí se abre entonces un complejo proceso del que podrían surgir nuevas estructuras, es decir, una nueva legalidad. Para la naturaleza, en términos generales, solía valer la afirmación de Leibnitz: *natura non facit saltum*. La naturaleza no avanza por saltos. Pero una realidad muy distinta e indubitable la ofrece la sociedad humana. Como bien lo atestigua la historia, *societas facit saltum*.

Aquí es donde entra Carlos Domingo. Entre la legalidad que cesa y la que ha de advenir media un tiempo histórico, que por necesidad es más o menos prolongado. ¿Cuándo se rompe la legalidad? ¿Qué límites cuantitativos y cualitativos tienen que desbordarse, para que pueda decirse que una estructura social se ha fracturado irreversiblemente? ¿Cuál es la legalidad, si es que existe, de ese tiempo histórico y social crítico en el que impera el cambio mismo, y que media entre la legalidad caduca y la legalidad que advendrá?

Con todo esto en sus alforjas llega Carlos Domingo a Mérida. Un par de años luego, también recibe la Universidad de los Andes a Oscar Varsavsky, compañero de Carlos y como él, un gran científico social. Un



libro suyo se publica en 1975, cuyo centro conceptual es creación de Carlos Domingo.

En los primeros días de 1976 se incorpora al Instituto de Estadística Aplicada y Computación Bernardo Mommer. Con Bernardo viene un tema decisivo para las ciencias sociales de Venezuela: el petróleo, su naturaleza económica y el ingreso que capta su propietario, que es el Estado venezolano. Por lo demás, no debe olvidarse que ese 1 de enero la historia petrolera del país marcaba el hito de la nacionalización de la industria.

En los años inmediatamente siguientes, el desenvolvimiento de la economía venezolana apresura su marcha hacia lo que, con la ventaja de poderlo ver en retrospectiva, era el colapso de su acumulación de capital. En esas condiciones, llámeselas objetivas, a lo que debe sumarse la incitación irresistible de las preguntas obsesivas de Carlos Domingo y de su método de indagación, más la inmensa fertilidad de lo que por su parte era la original contribución de Bernardo Mommer, resultaba muy fácil echar a andar un programa de investigación que, a decir verdad, tiene pocos paralelos en la vida científica de Venezuela.

El colapso había comenzado, tal y como era de esperar, en el punto más crítico de la vida económica; de ello había de seguirse más pronto que tarde la afectación de las estructuras y prácticas sociales, para concluirse, como era también de esperar, en el derrumbe de los arreglos políticos. Hablamos de las dos décadas que cierran el siglo XX de Venezuela.

Haber dado cuenta de ello con el máximo rigor que el conocimiento científico e histórico es capaz de dar, no habría sido posible sin el estímulo excepcional del Instituto de Estadística Aplicada y Computación. Honra a quien fue su director fundador César Briceño. Honra a Carlos Domingo; honra a Bernardo Mommer. Honra a todos los colegas de entonces, Belandria,

Pagliccia, Sinha, Del Canto. Honra a quienes lo han engrandecido desde entonces y a lo largo de los años.

Pero aquello no habría podido ocurrir fuera de una universidad, y cómo no decirlo así, fuera de la Universidad de los Andes.

En una frase memorable escribió Hegel que las naciones sin una metafísica, son como templos abandonados a su suerte, como recintos sagrados de los que han desertado los dioses.

Esta frase puede decirse de otro modo: las naciones sin universidad son remedos de naciones. Sólo en un espacio como la universidad, libre libérrima para el pensamiento, es posible que hombres como Carlos Domingo puedan florecer, y con ellos, la nación que integran. Sin pedir más a cambio que un escritorio, tiempo y una razonable certidumbre de que no les va a faltar lo digno para subsistir.

Hace unos 150 años largos, la reflexión clásica sobre la universidad contemporánea vio la luz de la pluma de John Newman, cardenal de la Iglesia Católica y Rector entonces de la Universidad de Dublín. Su *Idea de la Universidad* es una pieza maestra del pensamiento sobre la aventura de la educación universitaria. Una edición reciente ha puesto al alcance del lector de hoy unas páginas que no deben leerse si no se tiene presente a cada instante que el noble hermano tiempo corroe.

Hemos de saber que el desarrollo material de la humanidad está buscando afanosamente subordinar la universidad a sus fines. ¿Deberíamos sorprendernos acaso de este intento? Por supuesto que no. La inteligencia, sin embargo, no lo olvidemos nunca, está de parte de la universidad, y se alberga entre sus paredes.

Se ha cedido mucho, sin embargo. Ya el propio Newman daba una pista invaluable de por dónde se moverían las tendencias. Óigaselo:

**«La naturaleza de la materia en discusión, esto es, la misión de la universidad, nos presiona hacia la división del trabajo intelectual. A saber, las academias para la investigación, y las universidades para la enseñanza».**

Si se toman los indicadores relevantes se patentiza como, por ejemplo en EE.UU., los gastos de investigación en las universidades, en cuanto proporción del gasto total, han crecido unas cinco veces desde 1930 a esta fecha. El grueso de los recursos que financian esos gastos proviene, cada vez más, de la industria, y se dirige preferiblemente a la universidad privada.

El año 2001 el gasto universitario total por estudiante en la universidad privada fue, así, dos veces más grande que en la universidad pública. A la universidad privada, desde luego, la financia en abundancia la economía, que huelga decir, es privada. Esta es la esencial manera como, paso a paso y quizás sin vuelta hacia atrás, la universidad se va atando al mundo contemporáneo y sus fines propios.

En una carta que dirige Hannah Arendt a Karl Jaspers en julio de 1946, le dice lo siguiente, en relación con un libro de Jaspers recién publicado, e intitulado también *La idea de la universidad*:

**«Su sugerencia de apoyarse en fundaciones privadas me llena de aprehensión, y es mi experiencia en este país - EE.UU - lo que me la causa. Desafortunadamente a los mecenas, que ya no son tales, no les bastan los honores conferidos»**

Esta noche de regocijo y fiesta del corazón universitario no deja de despertar sus inquietudes y desasosiegos. ¿Cuánto más puede la universidad ceder sin destruirse? O déjese decirlo de otra manera más general. ¿Qué hay de increíble en la vida de la universidad?

Por increíble quiero decir que si ese algo se llegara a entregar desaparecería ella, y su espacio pasaría entonces a ocuparlo otro ente social muy diferente, con prescindencia de que se lo siga llamando universidad.

¿Qué viene a la mente en esta encrucijada? Nada menos que la difícilísima tarea que sostiene la razón primordial de la universidad, y que se compendia en una frase: la genuina educación del espíritu. De esto se trata, en resumidas cuentas: *educar el espíritu*.

Dicho de otra forma, ningún reparo deberá formularse a que alguien insista en la necesidad de «formar para el trabajo»; o de «extender las fronteras del conocimiento para mejorar la calidad de la vida»; o de «preservar la memoria histórica»; o de «incitar y estimular la creación artística». Todas ellas, sin ningún género de dudas, bien pudieran ser actividades que se alberguen de manera circunstancial en los claustros universitarios. Pero si, por el contrario, llevaran la misión de suplantar la tarea por excelencia de la universidad; o, por la importancia que asuman o que se les dé, la limitaran hasta ahogarla, hemos de saber que la universidad ya no existiría más, a despecho de que se la continúe nombrando como tal.

Y debería decirse más: si sólo esa tarea concentrara toda la vida de la institución, ello justificaría colmadamente que se la llamara universidad, aunque no fuera ése el nombre que algunos le den.

Es así, pues, como numerosos institutos forman para el trabajo, sin que sean universidades. O numerosos laboratorios y oficinas extienden los límites del conocimiento, que no son universidades. O muchas academias cuidan con celo y mantienen vivos los hechos nuestros y de los otros que merecen permanecer en la memoria, que no son empero universidades. O numerosos centros despiertan vocaciones creadoras para el arte, a los que no se los puede considerar universidades.

La universidad educa la mente y disciplina el espíritu. Al hacerlo, y déjenme agregar el único adverbio que aquí cabe, rectamente, se abre la posibilidad de que cada quien determine, en su particular situación, lo que le es dado ser. Pero también, que se determinen el carácter de sus relaciones con otros seres humanos. Y no menos, que se determine el género de interacciones con el mundo físico circundante, con el fruto de las manos, de las acciones y las omisiones.

De eso se trata. Esa es la universidad de siempre, la única, la increíble, la que moldea el espíritu para la vida en sociedad, la que forma al hombre en cuanto hombre.

Un día de 1973 llegó a la Facultad de Economía un hombre. De apellido festivo, como domingo de fiesta. Con una gorra de marrón descolorido sobre su cabeza, ya entonces encanecida, se lo veía ir y venir, siempre a un paso apresurado. Mis recuerdos no los puedo disociar de un desvencijado jeep Toyota de color azul, cuya marcha, en bajada o en subida, creo que no pasaba de la segunda velocidad, tal era siempre el ruido forzado del motor. Vino con su madre, cuyos ojos vivaces son muy difíciles de olvidar. Un día se fue, en autobús sobra decir, y reapareció con Marta ¿1978, acaso? Luego vino María Rosa, María Rosa Domingo Sananes.

Han pasado sus décadas. La sucesión de las generaciones apremia. El adolescente de 1973 se ha hecho recio y fuerte, como los ventisqueros que muy recién llegado aprendió a amar, allá en las agrestes serranías del Valle Grande, donde se hizo una morada. Torno la mirada a aquellos años, recorro en silencio admirativo los senderos de sus pasos, y asombrado me interrogo: ¿qué precisa su vida? Pero al instante siguiente me detengo y me vuelvo a interrogar más bien: ¿qué define una vida?

No me es dado vacilar un adarme en la respuesta: una vocación. «Una vocación es la esencia misma de la vida». Si nos atenemos al legado de los sabios y maestros que han iluminado la condición humana, la verdad es que cada día morimos. Pero también es de la condición humana tratar de renacer. Cuando se tiene una vocación, la vida renace siempre engrandecida. He aquí, entre nosotros esta noche, un ser humano cuya vida es la fidelidad a una vocación.

Pero una vida que ha muerto tantas veces, y que engrandecida ha renacido otras tantas, adquiere para los ojos que admiran y el corazón que quiere la certidumbre de una permanencia a la que el tiempo no lastima: como sucede con la amistad, con la sabiduría, con la dignidad, con la justicia, con el sentido de humanidad. Aquí y allá, allá y mucho más allá, se oyen a una innúmeras voces que dicen: Carlos, sabio y maestro; Carlos, siempre digno; Carlos, profundamente humano; Carlos, amigo.